

Esperando en el Señor

Josué 3

Pastor Tim Melton

Volviendo atrás a Números 13 y 14, los hijos de Israel habían sido llevados al borde de la Tierra Prometida. Dios dijo a Moisés que enviara 12 espías para que exploraran la tierra de Canaán. Habían vuelto con historias sobre una tierra excelente que realmente era una tierra de leche y miel, tal como Dios había prometido... pero también estaba llena de gigantes. 10 de los espías estaban convencidos de que la situación era desesperanzadora. Su perspectiva infectó al pueblo de Israel, y la gente se rebeló contra Moisés y eligió no confiar en Dios ni entrar en la Tierra Prometida.

Debido a su incredulidad, Dios declaró que nadie mayor de 20 años entraría nunca en la Tierra Prometida, excepto Josué y Caleb, los dos espías que creyeron en Dios y habían declarado que Dios podía liberar a los hijos de Israel (Números 14:22-23).

Eso fue hace 40 años. Todos los que habían sido mayores de 20 años habían muerto durante su tiempo en el desierto. Y ahora, después de la larga espera, los israelitas fueron llevados de nuevo al borde de la Tierra Prometida.

Moisés acababa de morir, y Josué, uno de los fieles espías, había sido designado por Dios como líder. Como Dios había ordenado, Josué llevó al pueblo a acampar a orillas del río Jordán.

Era temporada de inundaciones y el río bajaba embravecido. Se había desbordado y parecía imposible de cruzar. Pero Dios había ordenado preparar a la gente, así que Josué así lo hizo. Detrás de ellos estaba el desierto, y delante de ellos, al otro lado del Jordán, estaba la Tierra Prometida. Ahora todo lo que tenían que hacer era llevar a más de 500.000 hombres, sus mujeres, sus hijos, su ganado y sus pertenencias al otro lado del río... sanos y salvos.

Al otro lado del río, a varios kilómetros de distancia, esperaba la impresionante ciudad de Jericó. Ese sería el siguiente desafío, pero por ahora la gente debía acampar ahí hasta que se diera la orden de cruzar el río.

Josué envió a sus oficiales a través del campamento para dar las siguientes instrucciones: En tres días iban a cruzar el río Jordán. Debían preparar sus provisiones y purificarse. Al tercer día, cuando el

pueblo viera que el arca del pacto era llevada por los sacerdotes hacia el río, debían recoger sus pertenencias y seguirla.

El arca del pacto era el objeto más sagrado para los israelitas. Dentro del arca estaban las dos tablas de piedra que contenían los Diez Mandamientos que Moisés había recibido. Además, en el arca había una urna de oro con maná como prueba de la provisión de Dios en el desierto (Éxodo 16:4). El arca también contenía la vara de almendra de Aarón. En Números 17:1-13, otros habían desafiado a Aarón como líder y a sus descendientes como sacerdotes. Dios le dijo a Moisés que los líderes de las 12 tribus de Israel trajeran cada uno una vara. Que se colocaron en el tabernáculo. A la mañana siguiente, Moisés entró y descubrió que durante la noche la vara de Aarón había reverdecido, echado flores y producido almendras. De esta manera, Aarón y sus descendientes fueron confirmados como sacerdotes de Israel.

Encima del arca del pacto dorada había dos ángeles, uno frente a otro. El área entre los dos se llamaba el propiciatorio. Este era el lugar sagrado donde Dios habitaba entre su pueblo (Éxodo 25:22). En este lugar se encontraba la presencia de Dios, y desde allí se daba misericordia y perdón cada año, cuando el Sumo sacerdote derramaba la sangre del sacrificio animal, el Día de la Expiación, en el Tabernáculo de reunión.

Mientras siguieran el arca del pacto y la mantuvieran a la vista, su guía y su confianza sería la presencia de Dios.

Los hijos de Israel nunca habían estado allí. Era un tiempo de absoluta incertidumbre y miedo. Debido a su pasado, sabían que debían creer, porque la incredulidad podía llevarlos de vuelta al desierto. Al mismo tiempo, ante ellos se encontraba Jericó y todos los pueblos poderosos de Canaán. ¿Cómo podrían conquistar esa tierra y hacerla suya?

Con esto en mente, Dios fue a su encuentro en medio de su incredulidad. Dios le dijo a Josué que dijera estas palabras a la gente: ***"Ahora sabréis que el Dios viviente está en medio de vosotros, y que de seguro expulsará a los cananeos, los hititas, los heveos, los ferezeos, los gergeseos, los amorreos y los jebuseos... Tan pronto como los sacerdotes que llevan el arca del Señor, Soberano de toda la tierra, pongan pie en el Jordán, las aguas dejarán de correr y se detendrán formando un muro."*** (Josué 3:10,13)

Llegó el día. Los sacerdotes recogieron el arca del pacto. La gente los siguió. El río bramaba. Debió de ser un momento lleno de emoción. ¿Funcionaría de verdad? ¿Dejarían por fin el desierto y entrarían en la Tierra Prometida? ¿La presencia de Dios marcaría alguna diferencia?

Cuando los sacerdotes se adentraron en la orilla del río... el río se detuvo.

Josué 3:15-16 relata lo ocurrido de la siguiente manera: ***"Ahora bien, las aguas del Jordán se desbordan en el tiempo de la cosecha. A pesar de eso, tan pronto como los pies de los sacerdotes que portaban el arca tocaron las aguas, estas dejaron de fluir y formaron un muro que se veía a gran distancia, más o menos a la altura del pueblo de Adán, junto a la fortaleza de Saretán. A la vez, dejaron de correr las aguas que fluían en el mar del Arabá, es decir, el Mar Muerto, y así el pueblo pudo cruzar hasta quedar frente a Jericó."***

Dios podría haber llevado a su pueblo a las orillas del río Jordán en cualquier momento del año, pero eligió la primavera, cuando la nieve derretida del monte Hermón se precipitaba río abajo hacia el mar Muerto. A la gente eso debió parecerles un problema, pero para nuestro Dios creador era una oportunidad. Una oportunidad para mostrar su gloria y hacer crecer la fe de su pueblo.

La gente cruzó con éxito y acampó en un lugar llamado Gilgal, al este de Jericó. El Señor le ordenó a Josué que reclutara a un hombre de cada tribu para que entrara en el cauce del río y tomara una piedra del lugar donde estaban los sacerdotes que sostenían el arca del pacto. Estas doce piedras fueron llevadas al campamento y Josué las erigió allí. Debían servir a las generaciones futuras como un recordatorio de lo que Dios había hecho por su pueblo en ese lugar.

Josué 4:17-18 luego dice: "*Josué les ordenó a los sacerdotes que salieran, y así lo hicieron, portando el arca del pacto del Señor. Tan pronto como sus pies tocaron tierra firme, las aguas del río regresaron a su lugar y se desbordaron como de costumbre.*"

El versículo 24 luego da una razón para esta obra milagrosa de Dios: "*Esto sucedió para que todas las naciones de la tierra supieran que el Señor es poderoso, y para que vosotros aprendierais a temerlo para siempre.*" Se hizo para que las naciones glorificaran a Dios y para que un temor y una fe reverencial se depositaran en los corazones de su pueblo.

Este es el primer patrón que vemos en las Escrituras. Dios obra para su gloria y para nuestro bien. Ahora volvamos al tema de este sermón: *Esperando en el Señor.*

Estos hijos de Israel habían estado esperando, vagando por el desierto durante 40 años. ¿Has vagado alguna vez por el desierto? Tal vez fue un desierto espiritual de duda y apatía. O tal vez fue un desierto emocional de amargura, depresión o ansiedad. O tal vez un desierto físico de cáncer, o de Covid-19, o de no poder tener un hijo.

La mayoría de nosotros hemos pasado por tiempos de desierto y nos preguntamos si alguna vez terminaría. Aquí es donde habían estado los hijos de Israel... durante 40 años. Y ahora, para empeorar las cosas, Dios los lleva hasta la orilla del río embravecido y los hace permanecer allí tres días. ¡Menudo desafío de fe!

La meta de Dios no era que tuvieran una vida placentera y cómoda. Su objetivo era darles el mejor regalo que podía, que era Él mismo. Dios los enfrentó a una situación en la que no tenían más remedio que poner su esperanza en Él. Muchas veces de eso se trata esperar. Es una crisis de fe que expone nuestro corazón y nos acerca a Dios.

Pero Dios no los dejó indefensos. Su confianza se basaba principalmente en el hecho de que Yahvé Dios estaba con ellos. Eso es cierto también para nosotros. Para nosotros ya no se expresa en el arca del pacto, sino en el Espíritu Santo que habita dentro de nosotros. Somos el templo de Dios. Dios nunca nos dejará ni nos desampará. Su presencia es nuestra confianza, incluso cuando nos enfrentamos a los días más oscuros o lo que parece ser un desierto interminable.

Cuando desconocían su futuro, obedecían lo que ya sabían. Prepararon sus pertenencias. Se purificaron. Esperaron a que el arca del pacto se moviera. Fue una espera activa. El hecho de que obedecieran lo que ya se les había dicho, los preparó para lo que vendría.

¿Qué estás esperando en tu vida en este momento? ¿Sabes qué debes hacer mientras tanto? Según tú, ¿qué es una espera activa? Como cristianos sabemos que debemos ser un pueblo de la Palabra de Dios. Sabemos que debemos ser un pueblo de oración. Sabemos que debemos amar a los demás. Quizás en tu situación haya otros pasos que Dios quiere que hagas en medio de la espera. Ora por la ayuda de Dios y prepárate para cualquier cosa que Dios te traiga. (Ejemplo: La fidelidad de José en la casa de Potifar. La fidelidad de David como pastor. La fidelidad de Rut como cosechadora.) En cada una de estas historias su fiel espera activa les preparó para lo que vendría más adelante.

En medio de nuestra espera, debemos aceptar el hecho de que Dios obra para su gloria y nuestro bien. Nos puede parecer insoportable tener que esperar más, pero debemos pedirle a Dios paciencia, fe y paz.

Filipenses 4:6-7 nos instruye así: *"No os inquietéis por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presentad vuestras peticiones a Dios y dadle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús."*

¿Qué más podía hacer Dios para convencernos de su amor incondicional y cuidado soberano que enviar a su precioso hijo a morir por nosotros? Ora para que Dios te conceda fe en su bondad. Que podamos crecer para esperar en el Señor como un niño que espera expectante la mañana de Navidad. Esperar no tiene por qué ser algo que temer. Si confiamos en Dios como el coordinador de nuestro futuro, podemos mirar hacia adelante con la confianza de que es para la gloria de Dios y para nuestro bien.

Kay Arthur, en su libro *As Silver Refined* (Como plata refinada), explica cómo un simple refinador de metales, en tiempos de Jesús, encendía un fuego y tomaba los metales en bruto y empezaba a calentarlos y a trabajar con ellos. El objetivo era eliminar todas las impurezas hasta que solo quedara plata pura. Era un procedimiento que duraba todo el día. No era algo que se pudiera dejar. Demandaba su atención constante, minuto a minuto, para quitar los desechos y las impurezas que iban subiendo a la superficie. Calentar, enfriar, limpiar. Esperar y observar. Hora tras hora, hasta que empezaba a ver su reflejo. Si todavía estaba borroso, necesitaba más fuego, quitar más impurezas, enfriar, calentar, hasta que finalmente lo veía: su perfecto claro reflejo en la plata más pura. En nuestras vidas sucede lo mismo. Día a día. Momento a momento. Lucha tras lucha. Jesús nos está refinando para que Él pueda ver más y más de sí mismo en nosotros. Ese es el objetivo. Hasta que le veamos cara a cara.

De eso se trata esperar. Un tiempo de refinamiento, donde la presencia de Dios se convierte en la paz y la esperanza de nuestras vidas. Que hoy humillemos nuestro corazón ante Él, para que nos refine como nunca antes. Por favor, canta esta canción conmigo como oración:

*Purifica mi corazón,
Déjame ser como el oro, y como la plata preciosa.
Purifica mi corazón,
Déjame ser como el oro, el oro puro.*

*Fuego de refinador,
El único deseo de mi corazón
Es ser santo;*

*Apartado para ti, Señor.
Elijo ser santo;
Apartado para ti, Señor,
Listo para hacer tu voluntad.*

*Purifica mi corazón,
Límpiame desde dentro
Y hazme santo.
Purifica mi corazón,
Límpiame de mi pecado, en lo profundo de mi ser.*

*Fuego de refinador,
El único deseo de mi corazón
Es ser santo;
Apartado para ti, Señor.
Elijo ser santo;
Apartado para ti, Señor,
Listo para hacer tu voluntad.*

Preguntas para reflexionar:

1. ¿Qué te ha parecido más interesante de este sermón?
2. ¿Por qué crees que a la gente le resulta tan difícil esperar?
3. ¿Qué era tan significativo de que el arca del pacto estuviera con la gente?
4. ¿Qué estás esperando en este momento, y cuál sería una forma de espera activa en esa situación?
5. ¿Cómo describirías que "Dios obra para su gloria y para nuestro bien"?
6. ¿Qué crees que necesitas recordar de este sermón y de esta reflexión?
7. ¿Qué crees que es lo que Dios quiere que hagas al respecto? ¿Cómo podemos orar por ti?